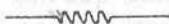


PLIEGO SALMANTINO



Redacto estas impresiones, más bien reflexiones o pensamientos íntimos, en pleno mes de julio del año 64, y en la ciudad de Salamanca, en la que vivo hace ya casi un año. Yo diría que vivir en Salamanca es vivir en lo eterno, ningún lugar más adecuado para el estudio, ninguno más propicio para la meditación. Caminar por las calles de Salamanca es soñar. Salamanca crea en nosotros un sosiego interior, que puede llegar a ser dramático, desde el punto de vista espiritual. Pero no son todos los tiempos unos, el que ahora escribe no quiere acordarse de lo que ya escribió, como va siendo viejo se ha vuelto un poco desmemoriado, no desea vivir de recuerdos, y aunque hombre maduro, un poco cansado quizás, no está, desde luego, desilusionado; el romántico que en él había, murió; ha quedado el realista, el hombre grave, de talante meditativo, en lucha interior con sí mismo.

Cercanos los cincuenta, edad crítica, cuando sin desearlo se piensa más en la muerte que en la vida, tal vez porque la vida nos duele, escuela de dolor al fin. No es que la muerte me tienta, ya que es lo negativo, y no soluciona el problema de la vida: el hallazgo de esta inmortalidad que todos llevamos dentro. Si fuera cierto que lo único que el hombre sabe hacer bien es morir, entonces la vida no tendría sentido, sería una cosa absurda como algunos pretenden. Pero la vida anhela algo. Son dolor y alegría como las dos alas de la realidad que configuran la vida. En cuanto a lo físico la vida es crecimiento, y es evolución en el terreno de lo espiritual.

Durante muchos años he ido amontonando notas y observaciones de escritores dilectos, ellas, leídas y releídas, han servido de base a mi pensamiento, las he meditado para conocerme a mí mismo y me han obligado a comprobar cómo he cambiado interiormente. Tal vez yo no sea más que un sensitivo, un sentidor; lo confieso, yo muchas cosas no las entiendo, me las imagino, mi situación es más poderosa que mi inteli-

gencia, y mi memoria es floja, cada vez más perezosa, y hay que decirlo también, prefiero inventar o imaginar, u recordar. Nada de lo que recuerdo es verdad, siempre se interfiere la imaginación. A lo mejor tampoco soy yo de verdad, si no sombra de un sueño. No. Estoy seguro de que existo, pero mi drama es que yo no quiero morir, ni vivir. Busco algo y no sé lo qué es, aunque oscuramente lo intuyo. No se trata de eso que llaman felicidad, que no puede vivirse ni aun en el presente, porque se va haciendo futuro, a medida que nos vamos desviviendo; tampoco eso que llaman paraíso, y que sólo existe en el pasado, y que mi memoria actual es incapaz de revivir, a lo más momentáneamente como un breve relámpago de oro.

He sentido siempre espoleada el alma por la idea de encontrar a Dios. Ahora, en esta época de mi vida me obsesiona Dios. ¿Cómo intuirle y abarcarlo? Asómate a la ventana, es de noche, y allá arriba brillan no sé cuántas estrellas, meditas un momento, y entenderás lo que quiero decirte.

No, no es fácil aceptar la tremenda realidad de la vida, pues en su esencia ella nos revela que el hombre está solo y en su interior se desarrolla un drama íntimo, pues detrás de cada hombre se oculta la idea de Dios. Pero es verdad que ideas como la de Dios no se manifiestan al hombre sino en momentos de iluminación interna. Para estar a la altura de esta idea hay que ser hombres enteros, de verdad, y no sacrificar jamás el ser interior de donde dimana el torrente de la propia vocación.

No obstante, la soledad le es necesaria al creador, y desea como es natural una interpretación de la realidad, pero como obligatoriamente en su propia concha de caracol humano se desliza su trabajo, no vive la vida en su total tensión, y lo que importa es la vida. Hagamos nuestra la frase dostoyeska: «He sufrido, pero, de todos los modos, he vivido». Vida es creación, ansia de inmortalidad. Es la energía la causa de toda la vida del universo, y esta energía es, sí, indiscutible, y no puede crearse, circula sin cesar, diríamos que es como la sangre de Dios.

Noche, verano, corre un airecillo fresco, y me siento en un sillón a saborearlo. Contemplo el cielo estrellado desde la terraza de este quinto piso de la calle Santa Teresa. Veo desde aquí a Salamanca sumida en sombra y sueño, es muy de noche, y medito en Dios. Corre el airecito más fresco y sutil si cabe, me distraigo y miro las luces verdes de un bar lejano, hay un verdor más claro, el de los árboles; parpadean las luces de algunas ventanas; en la remota lejanía, luces de los barrios extremos y el perfil curvo de los cerros en sombra. Hacia la izquierda, un montón de torres y cimborrios iluminados. El cimborrio de la iglesia de las Agustinas tiene forma de mágica cebolla verde, la torre alta de la Clerencia, y

detrás, como un fantástico regalo visual, las torres de la Catedral Nueva y el románico lumínico de la torre del Gallo de la Catedral Vieja, adivinado, imaginado, soñado. Me siento como aturdido, como embelesado, como si Dios me mirara con sus mil millones de ojos de fuego, y me invitara plácidamente al descanso.

Cuando por la mañana me veo en este despacho salmantino, tan silencioso y claro, con las vitrinas repletas de libros. Tal vez demasiados; mejor, pocos pero bien leídos. La pasión por los libros qué enemiga de la sabiduría, en el supuesto que el hombre sepa algo; lo declaro, muchos de esos libros me aburríeron, otros ni me dijeron, ni enseñaron, nada. Mejor, ya lo hemos dicho, pocos libros pero que digan algo a nuestra inteligencia a nuestro corazón, sí, al hombre moderno le pierde su ávida curiosidad utilitaria y no posee la facultad preciosa de releer. Cada día detesto más ese vicio de leer por leer; es mejor vivir que leer; lo primero es la vida.

Este despacho es muy apto para escribir, aunque yo suelo escribir muy poco, cada vez menos, sólo cuando tengo necesidad, cuatro o cinco veces al mes, un poema; y nunca dura el proceso creador más de tres o cuatro días. Me apego, cada vez más a la sobriedad, a la calidad; a decir mucho con pocas palabras, no en el sentido conceptista, sino clásico, de la creación; así de un Fray Luis, un San Juan o un Baudelaire. Prefiero al volumen, la densidad. Se peca por lo que se sobra, no por lo que falta. No nos engañemos, dejaremos muy poco detrás, a lo mejor sólo un poema; por dejar ese poema luchó, escribo, y, me concentro con toda el alma.

El ventanal de mi despacho da a la calle Santa Teresa, desde él se vislumbra como una doble perspectiva, una, de tejas rojas, árboles verdes de un jardín y pájaros que vuelan, la otra más lejana, la compone la calle Zamora con sus edificios de piedra amarillenta y sus tejados rojizos, cuando anochece como es rúa comercial y bulliciosa, empieza el parpadeo eléctrico y colorista de los anuncios luminosos...

Yo gozo en mi despacho de una gran calma y silencio, (yo que he padecido tantos ruidos), me produce una dulce embriaguez tanta apacibilidad. Escribo poesía, voy fraguando delicadamente este sexto libro, para el que ya he hallado el título. «Drama interior»; llevo escritos trece poemas todos en Salamanca, y en este mismo despacho; el primer poema, aludiendo aún a la mambrunesca calle del Tinte, lo escribí el 28 de agosto del pasado año. Si, la poesía es algo alado, relampagueante y necesario; es la palabra con la que se ha de iniciar aquel fuego. No todos los días puedo dedicarme a escribir versos, de hacerlo acabaría enloqueciendo, sería poner las calderas del alma a la máxima tensión, para que

no sobrevenga la explosión acudo a la prosa, ella me sirve para expresar cosas que yo deseaba decir, y que no hallé la ocasión del verso. Otras veces, la prosa es simplemente epistolar, (yo escribo muchas cartas), y por lo tanto más desaliñada y vibrante, y en ella suelo derramar mi vena humorística; un humor, que, aunque a veces, se interprete mal, presupone comprensión, y, desde luego, amor.

A veces también escribo algún artículo, aunque cada día siento menos afición por este difícil género. Escribir un buen artículo cuesta tanto como hablar con todos los vecinos a la par; la de resultar claro, noble y aleccionador. La mayoría de los artículos se escriben por dinero, o por frivolidad, y es una lástima, pues ni siquiera el periodismo puede ser algo deportivo, como ninguna actividad en que se ponga en juego el alma del hombre. Yo he publicado varios centenares de artículos y una veintena de ensayos, pero no deseo que se recojan en libros; no creo por ello haber perdido el tiempo, me han servido para ejercitarme en la escritura en prosa. Cuando escribí mi primer artículo tenía dieciséis años, fue en un periódico de Jerez, me incitó a ello la lectura de las obras completas de Larra, en la edición de 1843, que aún poseo; se la había comprado mi padre a un librero de viejo de la calle Cazón; yo cogí los cuatro tomos amarillos, encuadernados en holandesa, y materialmente me los tragué; tenía yo entonces trece años y estudiaba el tercer año de Bachillerato, Después fueron las obras completas de Bécquer, que me subyugaron. Desde entonces Gustavo Adolfo fue para mi como una especie de guía, de ángel tutelar. Me descubrió con sus versos la fuente del sentimiento interior; Larra, en cambio, me hizo pensar y reír, lo que es siempre muy saludable. Hasta ahora, a punto de finalizar este capítulo, ya sé que he hablado mucho de mí mismo, pero advertid que ya Goethe decía que toda su obra eran como fragmentos de una gran confesión. Es cierto también que un hombre sabe más de sí mismo que los demás. Toda vida cela un secreto. Espero, a fuerzas de desnudarme el alma, seguir interesándote pacífico lector; pongo en todo lo que aquí escribo un grano de humor, pues no quisiera disgustarte, ¿quién me leería entonces? Yo escribo para ti. ya lo sabes, único lector atento, de Ronda o de Bilbao o de Covarrubias, cuna de España.

JUAN RUIZ PEÑA

(Continuará)